BU-AMEMA

Bien listo sería aún hoy día quien pudiese decir quién fué Bu-Amema. Ese invisible guasón, después de enloquecer á nuestro ejército de Africa, desapareció de un modo tan completo, que se empieza á suponer que nunca existió.

Oficiales dignos de crédito que pensaban conocerle, me le describieron de cierta manera; pero otras personas no menos honradas y seguras de haberle visto, me le pintaron de otra.

De todos modos ese bandido sólo fué el jefe de un grupo poco numeroso que se lanzó al campo de la rebelión aquí, acosado por el hambre. Esas gentes tan sólo se batieron para vaciar silos y saquear convoyes. Parecen no haber obrado por odio ó fana-

CAPILLA ALFONSINA

tismo religioso, sino por hambre. Como nuestro sistema de colonización consiste en arruinar al árabe, en despojarle sin tregua, en perseguirle sin piedad, y en hacerle reventar de miseria, es probable que estallen otras insurrecciones.

Otra causa quizá de aquella campaña fué la presencia de los campesinos españoles en las altas mesetas. En aquel océano de esparto, en aquella triste extensión verdosa, inmóvil bajo el cielo abrasador, vivía una verdadera nación, hordas de hombres atezados, aventureros á quienes la miseria ú otras razones habían arrojado de su patria. Más salvajes y temidos que los árabes, aislados, lejos de toda ciudad, de toda ley, de toda fuerza, hicieron, á lo que se dice, lo que sus antepasados al descubrir nuevas tierras; fueron violentos, sanguinarios, terribles para con los indígenas.

La venganza de los árabes fué espantosa.

He aquí en algunas líneas, el origen aparente de la insurrección.

Dos santones predicaban abiertamente la guerra en una tribu del Sur. El teniente Weinbrenner se envió allí con el encargo de apoderarse del caid de aquella tribu. El oficial francés llevaba una escolta de *cuatro* hombres. Todos perecieron asesinados.

Encargaron al coronel Innocenti de vengar aquellas muertes, y le enviaron para reforzar su destacamento el agha de Saida.

Por el camino el guía del jefe de Saida encontró á los Trafis que también iban al encuentro del coronel Innocenti. Hubo rivalidad entre las dos tribus y los Trafis, haciendo defección se pusieron á las órdenes de Bu-Amema. Entonces fué cuando ocurrió el caso de Chellala que ha sido contado cien veces. Después de ver saqueado su convoy, el coronel Innocenti á quien acusó ligeramente la opinión pública, volvió á marchas forzadas hacia el Kreider, á fin de rehacer su columna y dejó el camino libre á su adversario, el cual aprovechó el descuido.

Mencionaremos un hecho curioso. El mismo día los telegramas oficiales señalaban la presencia de Bu-Amema en dos puntos que distaban uno de otro ciento cincuenta kilómetros. Este jefe, aprovechando la entera libertad que se le dejaba, pasó á doce kilómetros de Geryville, mató por el camino al cabo Bringeard, enviado á la cabeza de algunos hombres en pleno país rebelde para establecer comunicaciones telegráficas, y luego tomó la vuelta del norte.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
MONTERREY, MEXICO

Entonces atravesó el territorio de los hassassenas y de los harrars, á quienes dió probablemente las órdenes para el asesinato general de los españoles, que se ejecutó poco después.

Luego llegó á Ain-Ketifa y dos días más tarde, acampaba en Haci-Tirsine, á veintidos kilómetros de Saida.

La autoridad militar se conmovió al cabo y el 10 de Julio por la noche avisó á la compañía franco-argelina para que diera la orden de que regresaran todos sus agentes porque era de temer una catástrofe.

Los trenes circularon toda la noche hasta el extremo límite de la línea, pero en algunas horas no era posible recoger todos los grupos diseminados en un espacio de ciento cincuenta kilómetros, y el 11, al amanecer, empezó la matanza.

La realizaron las dos tribus de hassassenas y harrars, exasperadas contra los españoles que vivían en sus territorios.

Sin embargo, á pretexto de no incitarlos á la rebelión, se ha dejado tranquilas á esas tribus que degollaron cerca de trescientas personas entre hombres, mujeres y niños. Jinetes árabes cargados de despojos y con vestidos de mujeres españolas bajo

las sillas de sus caballos, se dice que fueron puestos en libertad por falta de pruebas.

El 10 por la noche Bu-Amema acampaba en Haci-Tirsine, á veintidós kilómetros de Saida. A la misma hora, el general Cerez telegrafiaba al gobernador que el jefe rebelde intentaba volver hacia el sur.

Los días siguientes el atrevido caudillo saqueó las aldeas de Tafraua y de Kralfallah, cargando de botín todos sus camellos y llevándose por valor de muchos millones en víveres y mercancías.

Volvió de nuevo hacia Haci-Tirsine para reorganizar sus tropas y luego dividió su convoy en dos mitades, una de las cuales se dirigió hacia Ain-Ketifa. Allí fué detenido y saqueado por la columna Brunetiere dirigida por el guía de Sharraui.

La otra sección mandada por Bu-Amema en persona que estaba colocada entre la columna del general Detrie acampada en El-Maya y la columna Mallaret, apostada cerca del Kreider, en Ksar-el-Krelifa. Había que pasar entre las dos, lo cual no era fácil. Bu-Amema destacó entonces un grupo de jinetes hacia el campamento del general Detrie, que le persiguió con toda su columna hasta Ain-Sfisifa, mucho más allá de *chott*, convencido de que el ma-

rabut estaba delante de él. La astucia le salió á pedir de boca, puesto que, al día siguiente, el jefe insurrecto ocupaba el campamento del general. Era el 14 de Junio.

Por su parte el coronel Mallaret, en vez de guardar el paso del Kreider, había acampado en Ksar-el-Krelifa, cuatro kilómetros más allá.

Bu-Amema envió en seguida un numeroso destacamento de jinetes que desfiló ante el coronel, que se contentó con disparar los seis cañonazos legendarios. Durante este tiempo, el convoy de camellos cargados, pasaba tranquilamente el *chott* por el Kreider, único punto por donde el paso fuera fácil. Desde allí el marabut fué sin duda á poner á buen recaudo sus provisiones entre los mograr, gentes de su tribu, que estaban á cuatrocientos kilómetros, al sur de Geriville.

¿Cómo se saben, pueden preguntarse, hechos tan précisos? Todo el mundo los da. Todo el mundo lo sabe. Es natural que unos rechacen un detalle y otros otro. No puedo afirmar nada, y me he contentado con recoger los hechos que me parecieron más verosímiles. Me parece que sería imposible obtener en Argelia un detalle cierto acerca de lo que ocurre á tres kilómetros. Por lo que hace á las no-

ticias militares, no había que fiar en ellas entonces, pues parecían redactadas por un bromista. El mismo día Bu-Amema estaba, según los jefes del cuerpo, en seis puntos distintos. Una colección completa de los telegramas oficiales unida á la de las agencias, constituiría un conjunto muy curioso. Algunos de los telegramas demasiado estrafalarios, fueron detenidos en la estación telegráfica de Argel.

Una caricatura muy ingeniosa, hecha por un colono, me ha parecido pintar muy bien la situación. Representaba un general viejo, rechoncho, cubierto de entorchados, bigotudo, mirando al desierto. Examinaba con expresión perpleja la extensión inmensa, desnuda y ondulada, cuyos límites no se advertían, y murmuraba: «¡Están allí... en un punto ú otro!» Luego, dirigiéndose á su ayudante, decía con voz firme: «Telegrafíe usted al gobierno, que el enemigo está enfrente de mis fuerzas y que salgo en su persecución.»

Los únicos detalles algo ciertos que era posible adquirir, provenían de los españoles que escaparon de las garras de Bu-Amema.

Pude hablar con uno de ellos por medio de un intérprete y he aquí lo que me contó:

Se llamaba Blas Rojo Pérez. El día 10 de junio

conducía junto con otros compañeros, un convoy de siete carretas, cuando encontraron en el camino otros carros destrozados, y junto á ellos á los carreteros asesinados. Uno de ellos vivía aún. Trataron de curarle; pero un grupo de árabes se lanzó sobre ellos. Los españoles no tenían más que un fusil y se rindieron. Todos fueron asesinados, menos Blas Rojo, á quien perdonaron quizá por su juventud y buen aspecto; pues sabido es que los árabes no se muestran indiferentes á la belleza de los hombres. Le llevaron al campamento donde halló otros prisioneros.

A media noche mataron uno de ellos sin motivo alguno. Era un pobre diablo que habitualmente se dedicaba á apretar los frenos de las carretas, llamado Domingo.

El día siguiente 11, Blas supo que otros prisioneros habían sido asesinados por la noche. Era el día de la gran matanza. No marcharon los árabes, algunos de los cuales por la noche, trajo dos mujeres y un niño.

El 12 se levantó el campamento y se caminó todo el día.

El 13 por la noche, acamparon en Dayat-Kereb.

El 14 caminaban en dirección de Ksar-Krelifa.

Aquel día hubo el encuentro Mallaret. El prisionero no oyó los cañonazos, lo cual hace suponer que Bu-Amema hizo desfilar sólo una parte de sus jinetes por delante del cuerpo expedicionario francés, mientras el convoy con el botín, pasaba el *chott* algunos kilómetros más lejos, al abrigo de toda sorpresa.

Durante ocho días se marchó en distintas direcciones. Una vez llegados á Tis-Moulins algunos jefes disidentes se separaron, llevándose cada cual á sus prisioneros.

Bu-Amema se mostró humano con estos, sobre todo con las mujeres, á quienes hacía dormir en una tienda separada y bien custodiada.

Una de ellas, hermosa joven de dieciocho años, se casó por el camino con un jefe trafi que la amenazaba de muerte si se resistía. Pero el marabut no quiso consagrar su unión.

Blas Rojo fué destinado al servicio de Bu-Amema, á quien, sin embargo, no vió. Unicamente vió á su hijo que dirigía las operaciones militares. Parecía tener unos treinta años. Era un muchacho delgado, moreno, pálido, de ojos rasgados y barba corta, tenía dos caballos alazanes, uno de ellos francés que parecía haber pertenecido al comandante Jacquet.

CAPILLA ALFONSINA

El prisionero no asistió al combate del Kreider. Blas Rojo se escapó cerca de Bas-Yala, pero como no conocía bien el país, se vió obligado á seguir las ramblas y después de tres días y tres noches de marcha, llegó á Marhum. Bu-Amema acaudillaba quinientos jinetes y trescientos infantes, además de una recua de camellos destinados á llevar el botín.

Durante quince días después de los asesinatos, los trenes circularon de día y de noche por la línea de los *chotts*.

A cada instante se recogían desdichados españoles mutilados y lindas muchachas desnudas, violadas y ensangrentadas. Todos los habitantes de la comarca decían que con un poco de cuidado la autoridad militar hubiera podido evitar tamaños desafueros. En todo caso pudo aplastar á aquel puñado de rebeldes.

¿Cuáles son las causas de aquella impotencia de nuestras armas perfeccionadas contra los trabucos y espingardas de los árabes? Otros las indicarán si alcanzan á descubrirlas.

De todos modos, los árabes tienen sobre nosotros una ventaja contra la cual nos esforzamos en vano por luchar. Son hijos del país. Como se alimentan con algunos higos y un poco de pan y se muestran

infatigables bajo ese clima que aniquila á los hombres del Norte, montados en caballos sobrios como ellos mismos, é insensibles al calor, recorren en un día ciento ó ciento treinta kilómetros. Como no llevan bagajes ni víveres ni impedimenta de ninguna especie se mueven con rapidez sorprendente, pasan entre dos columnas acampadas para atacar y saquear una aldea que se cree segura, desaparecen sin dejar huellas, y luego vuelven bruscamente cuando se les supone muy lejos.

En una guerra europea, por muy rápida que sea la marcha de un ejército, no puede ignorarla el enemigo. La masa de los bagajes retarda fatalmente los movimientos é indica siempre el camino. Una partida árabe, por el contrario, no deja más señal de su paso que una bandada de pájaros. Aquellos jinetes errantes van y vienen en torno nuestro con la celeridad y los zig-zag de las golondrinas.

Cuando atacan es fácil vencerlos y casi siempre se les derrota á pesar de su valor. Pero no se les puede perseguir. No hay maneras de alcanzarles cuando huyen. Así es que evitan los encuentros, y se contentan en general con molestar á nuestras tropas. Cargan con facilidad al galope furioso de sus flacos caballos y llegan como una tempestad de ropajes blancos y de polvo.

Descargan mientras galopan sus espingardas adamascadas, y luego, describiendo una curva brusca, se alejan como llegaron, á escape, dejando en el suelo, tras ellos, de trecho en trecho un montón de trapos blancos que se agitan, caído allí como un pájaro herido que tuviera empapadas en sangre sus albas plumas.

PROVINCIA DE ARGEL

CAPILLA ALFONSINA